

VII.

DOS AÑOS DESPUÉS.

Quinta Falconieri.—Elegante gabinete de artista.—Piano, librerías, aparadores, diván.—Puerta en el fondo, puerta á la izquierda. Dos ventanas que se abren sobre un balcon.

Son las ocho de una noche de Otoño: Marieta entra al gabinete, va á tomar de una cómoda dos vasos antiguos que se lleva. En el momento de salir, se detiene espantada, oyendo ruido en el balcon.—Un hombre empuja por fuera una de las ventanas entreabiertas.

MARIETA.—CARNIOLI.

MARIETA, dando un grito.

¡Ay!..... ¡ladrones!

CARNIOLI, entrando.

¡Chitón, Marieta! Soy yo.

MARIETA.

¡Su excelencia!

CARNIOLI.

Mi excelencia. (Limpia con la mano los faldones de la levita.)

MARIETA.

¡Por la ventana!

CARNIOLI.

Por la ventana. Tu ama, según parece, ha dado orden de que no se me reciba. ¡Precaución ilusoria cuando se refiere á un hombre que vuelve de España! Hace dos años que no me ocupo de otra cosa, Marieta, sino en escalar balcones,—como una yedra. Debo parecerme flaco. Acércate, hija mía. (La mira con fijeza.) ¡Ea, vamos! ¿cómo va esto?

MARIETA.

Vuestra excelencia es muy bueno. Como lo veis.

CARNIOLI.

¿Crees tú que yo vuelvo de España, para informarme de tu salud? Te pregunto cómo va en la casa. Ya sabes ó te lo diré, que me intereso mucho por el joven y célebre maestro que hace dos años es el huésped y el comensal de tu hermosa señora.

MARIETA.

Es un joven muy bueno, excelencia.

CARNIOLI.

Sí. Pero ese joven muy bueno, que todo me lo debe, sin excepción, ha dejado de escribirme hace más de un año. No haría caso de su negligencia, si fueran la causa sus ocupaciones de artista; pero no he sabido que haya hecho alguna obra nueva. He sabido, por Donati, el empresario de San-Carlos, que no le ha entregado una sola escena de su segunda ópera *Torcuato Taso*, no obstante haberle anticipado su precio. Esto me asombra y me inquieta. He venido expresamente para conocer la razón de esta sinrazón.—Ya estás al corriente. Ahora, Marieta, admira esto. (Saca de la bolsa un puñado de monedas de oro y las pila en la esquina de la mesa.) Estos veinticinco doblones

que te ruego aceptes, no son en manera alguna un medio indirecto para captarme tu confianza y alejarte del cumplimiento de tu deber: ya sé que eres fiel á tu señora. No son sino unas curiosidades españolas que te he coleccionado, conociendo tu gusto. Esto es todo.—¿Te ries? ¡Vamos, tanto mejor!—A propósito, sigues bien aquí?..... Ya sabes que me gusta comadrear un poco.

MARIETA.

Muy bien, monseñor. Sin embargo, hay una plaza con la que sueño, y, si monseñor quisiera ayudarme á conseguirla.....

CARNIOLI.

¿Qué plaza es esa, Marieta?

MARIETA.

Una plaza de institutriz en alguna familia inglesa.

CARNIOLI.

¡Bueno! ¿Y qué conseguirías con eso?

MARIETA.

Monseñor, me casaría yo con el hijo.

CARNIOLI.

Has tomado de tu ama, Marieta, un modo de chancarte, que da calosfrio.—Por lo de más, pensaré en ello, te lo prometo: yo no quiero á los ingleses; no me disgustaría que te casaras con uno..... Vamos á nuestros negocios..... y primero dime, ¿dónde están en este momento?

MARIETA.

Acaban de comer.

CARNIOLI.

¡Bien! Y está en la habitación del maestro, ¿no es verdad?

MARIETA.

Sí, Monseñor.

CARNIOLI.

¿Y por qué te encuentras aquí entre el perro y el lobo? Eso no está en el orden. Cuando se estudia una situación, no hay que desperdiciar ningún detalle, por insignificante que parezca. ¿Cazarías por casualidad en las mismas tierras que tu ama, mosca fina?

MARIETA.

¡Quita allá! Monseñor conoce mis principios

CARNIOLI.

Sí, Marieta, los conozco; no tienes ningunos.

MARIETA.

Soy una muchacha honrada, gracias á Dios, excelencia.

CARNIOLI.

Y yo soy un hombre honrado, Marieta; así pues, abracémonos. (La abraza suavemente y prosigue.) Responde-me..... ¿Qué venías á hacer aquí?

MARIETA.

Venía, por orden de la señora, mientras que el maestro no está aquí, á buscar estos dos vasos que, dice ella, serán de gran efecto en el nicho de la escalera de honor. Ayer vine aquí á llevarme un velador que tuvo la señora

el capricho de colocar en su salón de estío. Antier descolgué un cuadro.....

CARNIOLI.

¿Es una mudanza, pues?

MARIETA.

La verdad, excelencia, yo no sé lo que es.

CARNIOLI.

Mientes, Marieta, siguiendo tu funesta costumbre. Tu sabes lo que es: es el fin. Tu ama demuele hoy de una patada, el edificio que levantaron ayer sus manos amorosas..... El templo es inútil cuando el ídolo no está en él..... ¿Y qué dice el maestro de este proceder?

MARIETA.

Dudo que haya reparado en él, excelencia, su alma está en otra parte.

CARNIOLI, con viveza.

¡Ah! ¡Ah! ¡Bravo! ¿Trabaja, no, Marieta?

MARIETA,

Fuma, excelencia. Pasa los días enteros con la cabeza baja y las piernas en el aire, fumando y mirando el cielo.

CARNIOLI.

¡Cobarde perezoso! Sí, ha sucedido lo que presumía yo..... ¡Está en Capua! ¡se envanece en la molicie! ¡Se adormece deleitándose! ¡engorda!

MARIETA.

Lo que es eso, no, excelencia.

CARNIOLI.

¿No engorda, Marieta? Ya eso es alguna cosa. Pero ¿cómo es que tu ama no lo impulsa al trabajo? ¿Es racional dejar en descanso, durante dos siglos de juventud, una inteligencia de esta fuerza?..... ¡No me lo explíco, porque á ella le gustaba antes la música.....

MARIETA.

Y le gusta todavía, excelencia; con frecuencia se consagra á ella; hace algún tiempo, con el Sr. Paolo Maria, un joven tenor, hermoso como el sol, que acaba de estrenarse con éxito brillante en la ópera del maestro.

CARNIOLI.

¡Ah! ¿Y por supuesto, el maestro los acompaña al piano? Tiene la confianza infantil y el orgullo cándido del genio..... Nunca sospechará que lo engañan, y menos aún que lo pospongan á un histrión. Sin embargo, el viento sopla por ese lado. ¿eh?

MARIETA.

Yo no sé, excelencia: nunca se sabe lo que piensa la señora.

CARNIOLI.

¡Necio! Sin embargo, la ocasión es propicia para inquietarlo y ponerlo en cuidado. Si los celos le destrozarán el corazón, tendría vigor, trabajaría..... (Hojea rápidamente algunos cuadernos de papel de música esparcidos sobre el piano y sobre la mesa.) ¡Cómo, ni una línea ni una nota en veinte meses!..... ¿No hace veinte meses que volvieron de su viaje?

MARIETA.

Sí, monseñor; pero de esos veinte meses debéis descontar seis, porque no necesitó menos el maestro para curarse de su estocada.

CARNIOLI, temblando de cólera.

¿Su estocada? ¿qué estocada? ¡Demonio! ¿quién se ha atrevido á herirlo? ¡Juro á Dios que yo le beberé la sangre y le arrancaré la vida al que lo haya hecho!—Dime su nombre.

MARIETA.

¡No tan alto, monseñor.—Fué el marqués de Sora.

CARNIOLI.

Bien, Sora es un hombre muerto; tan cierto como que yo existo.—Pronto, cuéntame todo, Marieta.

MARIETA.

¿Cómo es que vuestra excelencia ignora esta aventura? La instalación del señor Roswein en la casa de la señora despertó los celos de muchas personas de Nápoles... el marqués de Sora, sobre todo, tuvo muy malas intenciones,—y muy injustas por cierto, excelencia, porque el maestro no consintió en alojarse en el palacio sino con la condición—se va á reír monseñor—de pagar cada año á la señora una fuerte cantidad, que ella reparte á los pobres.

CARNIOLI.

¡Pues á mí mismo no quiso el imbécil pagarme una pensión, luego que empezó á ganar dinero! (Cambiando de tono.) ¡Pobre Andrés mío!..... Continúa.—Todo Nápoles debía saber la verdad; ¿por qué este muchacho no despreció las calumnias?

MARIETA.

Lo hubiera hecho, creo yo, si la señora.... (Vacila.)

CARNIOLI.

¿Si la señora..... ¡tempestad del cielo! acaba.

MARTA.

¡Dios mío! Excelencia, la señora le aconsejaba que no se batiera; pero tal vez se explicó mal. «Si fuérais de oficio militar, le dijo, en buena hora;..... pero sois poeta..... Los poetas, naturalmente, no son aficionados al combate..... Así es que, si no hay necesidad absoluta, estáos en paz.»

CARNIOLI en voz baja.

¡Vibora!

MARIETA.

Después de eso, el maestro tomó su sombrero y se marchó violentamente. Dos horas después nos lo traían con un pedazo de espada dentro del pecho.

CARNIOLI, sombrío.

¿Y tu señora, qué hizo?

MARIETA.

Para ser justa, os digo que la señora princesa se portó admirablemente, monseñor. Pasó diez noches de pie á la cabecera del herido, tentando la sangre y dándole las medicinas como una hermana de la caridad.

CARNIOLI.

¡Pardiez! ¡novela! ¡drama!..... ¡sangre!

BIBLIOTECA ALFONSIANA

buena ganga.....—¿Y cuánto tiempo hace que pasó esta desgracia?

MARIETA.

Diez y ocho meses, excelencia.

CARNIOLI.

Pero quedó bien restablecido, ¿verdad?

MARIETA.

Hace un año, monseñor, que come y bebe como todo el mundo.

CARNIOLI.

¡Ah! Si come y bebe puede trabajar, aun cuando el diablo no quiera! Es lo que yo decía: su dicha lo adormece..... Meneas la cabeza..... ¿Acaso sufre, Marieta?—¡Habla!

MARIETA.

Ama á la señora.

CARNIOLI.

Tú no entiendes nada de eso: si sufriera, trabajaría. Tengo mis ideas sobre esto. Yo te aseguro que es muy dichoso.

MARIETA.

No tiene cara de ello.

CARNIOLI.

¿Qué cara tiene, pues? Habla claro. ¡Me estás tos-

tando á fuego lento, estúpida! ¿Entonces me has engañado? ¿Todavía sufre de su herida?

MARIETA.

Ya no es cuestión de herida. Y sin embargo, tiene la cara de un hombre que se muere.

CARNIOLI.

¡Sangre del diablo! ¿y de qué enfermedad?

MARIETA.

Es un joven que necesita una vida tranquila.

CARNIOLI.

¡Idiota! la vida tranquila conviene á los pastores y no á los artistas.—¡Qué se muere! ¡Bueno! algunas desazones de amor. ¿no es eso? ¡Vaya unas estúpidas que se figuran que la vida de un hombre está á merced de sus caprichos! Cuando uno muere de esa enfermedad, muere de vejez, ¿entiendes? Yo me he muerto diez veces de esa enfermedad, y estoy bueno y sano.

MARIETA.

Pero este joven no tiene la misma complexión que vuestra excelencia.

CARNIOLI.

¡Tú eres una criatura estúpida! ¡cállate!.....

MARIETA.

Excelencia, ya vienen, ponéos en salvo. (Se oyen cajadas en la escalera.)

CARNIOLI.

¡Es su voz! ¡Parece que se muere alegremente!

MARIETA.

No ha de durar esto mucho.

CARNIOLI.

Tú no digas una palabra, ¿entiendes? (Se oculta en el balcón; Marieta sale por la izquierda.)

ROSWEIN.—LEONOR.

Entran por el fondo— Un lacayo lleva luces y sale en seguida.

LEONOR, riéndose.

¡Cómo! En un convento de frailes,—Carnioli?

ROSWEIN, riéndose.

¡Y de capuchinos!

LEONOR.

¡Bah! contadme cómo estuvo eso. (Se deja caer sobre un sillón.) ¡Pobre caballero!

ROSWEIN, siempre riéndose.

Si hubiera sospechado de mí, me mata.—Por lo demás, la jugarreta era infame;..... pero era yo muy

joven y no me detenía á reflexionar sobre las consecuencias de las cosas..... Estábamos entonces en Roma, á donde yo había llegado algunas semanas antes. Un día me trató tan brutalmente, que juré vengarme..... Ayudado por un amigo le escribí una carta fechada en un supuesto convento de Santa Eufrasia, en el monte Esquilino, calle de San Onofre, que no era sino el famoso convento de capuchinos. En esta carta se le daba una cita para la noche en el jardín del establecimiento: se le indicaba muy minuciosamente los medios de escalar los muros con seguridad; y se le decía, que al hallarse en el jardín, debía recibir de una joven novicia que no carecía de belleza, la confidencia de un secreto importante. Esta epístola tenía por firma dos iniciales, y seguía una posdata en la que se acogían á la discreción y al honor de un caballero.

LEONOR.

¿Y cayó en la trampa Carnioli?

ROSWEIN.

Tanto más fácilmente cuanto que él se reprochaba, como una mancha en su vida, el no haber tenido nunca aventuras de convento, que, según él, son el ideal del género. Conocía yo su flaco.—En la tarde, comiendo.....

LEONOR.

Fumad.

ROSWEIN.

Comiendo se mostró más alegre que de ordinario. Yo me sentía muy satisfecho. «Andrés, me dijo de repente, como yo lo esperaba, hace tiempo que tú estás en Roma..... ¿Conoces por casualidad aquí cerca, en los alrededores, el convento de Santa Eufrasia?» Yo me puse á reflexionar. «¿Santa Eufrasia? ¿aquí cerca?» creo que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA ALFONSO REYES

es el convento que está en la calle de San Onofre, en el monte Esquilino.—Es el mismo, amigo mío, replicó Carnioli. Un barrio aislado. Muy bien.....: Has de saber, muchacho, que he llegado al colmo de mis deseos. «Me han llamado de ese convento para consultar mi opinión sobre un caso de conciencia de los más espinosos.» Y se frotaba las manos. Al verlo tan alegre, me sentí desfallecido, porque en el fondo, yo lo amaba, y le dije con gran aturdimiento que debía haber despertado sus sospechas: «Creedme, caballero, no vayáis: los frailes no siempre entienden de bromas.....—¡Cómo!..... ¿los frailes? replicó Carnioli..... ¡Demonio! ¡Vaya una candidez! ¿Estás creyendo que yo voy á ver frailes?....» Y me dió á leer, irguiéndose, la carta que había yo tenido el honor de escribirle.

LEONOR, riéndose.

¡Oh! ¡vaya! ¡vaya!

ROSWEIN.

Yo lo felicité lo mejor que pude; después, como ya era tarde y la cita era para las once, se marchó muy contento, después de haberse provisto de una escala de seda y de haberse perfumado copiosamente..... Luego que salió, yo empecé á sentir angustias mortales. Transcurrió una hora, y ya me disponía á ir en su busca, urgido por la inquietud y el arrepentimiento, cuando oí que subía la escalera paso á paso; corrí hácia la puerta mientras él atravesaba el vestíbulo; me pareció que andaba medio encorvado, y que no quería verme; yo no las tenía todas conmigo.—¿Bien, caballero—le dije,—y la señora?—¡Encanta lora, amigo mío; encantadora!..... respondió, pasando rápidamente delante de mí,—¡encantadora!..

.. (Leonor se ríe.) Cuando llegó á la extremidad del corredor, se volvió y me dijo: «Á propósito, Andrés, ¿estás seguro de que sea el convento de Santa Eufrasia, ese edificio que está en la calle de San Onofre?—Pero si vos me lo habéis dicho, caballero..... ¿Acaso no encontras-

teis?..... Como lo esperaba, amigo mío, como lo esperaba. ¡A fé mía! ¡encantadora! ¡encantadora! Y se lanzó á su cuarto corriendo. (Se ríe.)

LEONOR.

¡Oh! ¡Señor! ¿Pero es posible? ¡Carnioli! ¡con todo su talento! En fin, el hombre de talento, cuando se descarría, llega á los extremos: es la regla..... ¿Y qué le había sucedido?

ROSWEIN.

Nunca he llegado á saberlo con exactitud. No tenemos que tocar esa cuerda ni uno ni otro..... Solamente algunos días después, discutiendo en un taller sobre la existencia de esa quimera adorada del aprendiz de pintor, que se llama la mujer con barbas, él tomó un aire serio y nos afirmó, por su honor, que él la había encontrado y que aun le había hecho la corte.....

LEONOR, riéndose.

Es probable, siendo miope como lo es..... Pero..... ¿lo apalearian?

ROSWEIN.

Temo que sí, porque desde esa noche funesta, sale armado de puñal, pretextando que tiene anemigos ocultos en Roma; y cuando encontramos á nuestro paso algún fraile, nunca deja de murmurar entre dientes: “¡Mala ralea!” ¡Hipócritas bribones! ¡Farsantes de mala ley! ¡Brutos..... De donde yo infiero..... ¿Queréis un cigarrillo?

LONOR.

Así de grande. Invisible.

ROSWEIN, continuando.

Que los capuchinos no tomaron en buena parte su visita. (Se ríen los dos.) ¡Querido Carnioli! me río de él, pero es uno de mis remordimientos

LEONOR

¡Bah! ¡sois demasiado bueno! Nada menos interesante en el mundo que un fátuo castigado. (Enciende su cigarrillo.) ¿Habéis tenido noticias de él hace poco?

ROSWEIN.

Como he dejado de contestarle, ya no me escribe.— ¡Ah! ¡he sido muy ingrato con él! ¡Hace tiempo que él mismo me lo ha dicho! (Se pone sombrío.)

LEONOR.

¡Ya metió la cola el diablo! ¡Cuidado!

ROSWEIN.

¡Ay! (Da unos pasos; después, deteniéndose delante de ella.) ¡Esta noche estáis muy hermosa, Leonor!

LEONOR, fumando.

Como siempre.

ROSWEIN.

Es verdad. Pero estáis en traje de ceremonia, según veo. ¿A caso váis á salir?

LEONOR.

No.

ROSWEIN.

Tanto mejor. Os lo agradezco. ¡Son tan raras ahora las noches que estamos á solas!

LEONOR.

Si eso es un reproche, es divertido. ¿Vos mismo no os habéis empeñado en que vuelva yo á la sociedad, puesto que la sociedad me busca todavía á mí?

ROSWEIN.

Yo no os hago ningún reproche. Solamente os digo que estamos muy lejos de la soledad de los dos en que habíais resuelto encerrar vuestra vida, no concibiendo más fiesta ni más gloria bajo el cielo que amar á vuestro amante, y ser la primera en recoger de sus lábios la canción nueva que brote de ellos.

LEONOR.

Haced canciones, amigo mío, yo las recogeré. ¡Pero si no las hacéis!

ROSWEIN.

La verdad es que os fastidio.

LEONOR,

¡Bah! ¡qué idea! ¿Por qué me habéis de fastidiar? ¿No sois muy amable?

ROSWEIN.

No, no lo soy, lo sé. Cuando os veo, cuando respiro junto á vos, mi vida se suspende y mi alma queda cautiva. Vuestra presencia me sumerge en esa dulce languidez de los encantos y de los ensueños. Soy feliz,

pero no soy amable..... ¡Ay! al menos os amo con toda mi alma. ¡Si algunas veces me atrevo á elevar á Dios un pensamiento..... ó una plegaria, es porque en el fondo mismo de mi falta y en el abismo donde he descendido..... pude ver una abnegación digna de un mártir, una ternura digna del cielo! No, jamás sabréis, Leonor, todo el amor que se encierra en este pobre corazón atormentado..... ó si llegáis á saberlo algún día —porque dicen que el alma suele tener súbitas claridades con que ve las cosas que ya no existen,—será demasiado tarde para que me estrechéis la mano y me digáis: «Gracias.»

LEONOR.

¡Vaya! estamos como los cartujos: «Hermano, de morir tenemos.

ROSWEIN.

No tengo razón. Perdonadme. Me siento mejor esta noche, me siento muy bien. Voy á trabajar..... Permitidme que os bese la mano, ¡oh reina de las musas! Colocaos allí..... que os vea bien..... (Aparta un poco el sillón de Leonor, mirándola.) Póseeis la belleza pura y terrible de una bacante en reposo.

LEONOR.

¿Es un cumplimento?

ROSWEIN.

Habéis dormido mucho tiempo, Leonor, en uno de los palacios sepultados de Pompeya y habéis despertado en vuestro lecho de marfil, pálida aún de la orgía romana interrumpida por el volcán. ¿No es verdad?

LEONOR.

Sí.

ROSWEIN, sentándose al piano.

¿En dónde estoy? En Sorrento..... El Taso, sólo sueña en *si bemol* menor..... *Amor senza nome*... Esto está acabado Después la tempestad..... La princesa entra con su séquito..... ¡Ah! *¡qué vedo!*..... El le ofrece una silla..... Final de tempestad en la orquesta..... coró á la sordina, además, la voz del Taso..... ¡Bueno! Una vez que os dignáis hacerme compañía, juro que acabaré mi acto esta noche. (Toca unos acordes.)

LEONOR

Pero amigo mío, ¿no os he dicho que iba yo á salir?

ROSWEIN.

¡Cómo! ¡acabáis de decirme todo lo contrario!

LEONOR.

Sería por distracción, porque tengo hace tiempo, para esta noche, un serio compromiso al que no puedo faltar.

ROSWEIN, levantándose.

¡Ah! ¡esto es odioso!

LEONOR.,

¿Qué tono es ese? ¿Me habláis á mí? ¿Cuál es lo odioso?

ROSWEIN.

Me estáis matando á alfilerazos, Leonor; pero me váis á causar la muerte como si me hundiérais un puñal en el corazón.

BIBLIOTECA ALFONSIANA

LEONOR, con el mismo acento tranquilo.

Amigo mío, estáis insoportable. Os lo digo aquí entre nos..... Pronuncio admirablemente un no en lugar de un sí; doy un paso á la derecha en lugar de darlo a la izquierda,..... una mosca os roza la piel, y exclamáis: «Asesino.» La verdad, eso es llevar muy adelante la sensibilidad poética. Yo no me jacto, ciertamente, de esos sacrificios de mártir que el cielo, según decís, mira complacientemente; pero sí debo deciros, y vos debéis convenir en ello, que mi amistad, en su pequeñez, debe estar forjada en un metal muy sólido, puesto que dos años llenos de tales exigencias y de tales irritaciones pueriles no han podido alterar su temple.

ROSWEIN.

Si yo adolezco de esos defectos, si los conocéis, y si me amáis, ¿por qué no me los evitáis? Esto no lo comprendo. Tenéis grandes cualidades, Leonor, pero os falta la bondad..... Además, yo nunca he pretendido privaros de vuestra libertad..... ¿A dónde váis esta noche?

LEONOR.

Venid conmigo, si queréis.

ROSWEIN.

No, no me gusta la sociedad. Además, no puedo. Necesito trabajar. Donati me ha dado ya el precio de este malhadado *Torcuato*, y todavía no he hecho ni dos escenas..... Tengo sobre mí este horrible peso..... ¡Ay! hice mal en celebrar este contrato..... El dinero todo lo echa á perder..... Las musas son altivas, y no toleran cadenas, aunque sean de oro..... Pero ¿á dónde váis pues?

LEONOR.

Voy primero un rato al concierto de Paolo María.

ROSWEIN.

¡Ah! ¿Y después?

LEONOR.

Nada más: pero tengo que ir, porque se lo prometí á ese pobre muchacho.

ROSWEIN.

¿Y ese es el compromiso serio que no me podéis sacrificar? Eso es una burla ultrajante, Leonor.

LEONOR.

¡Ay! ¡Dios mío! ¡cuántas dificultades!—Pues bien, no iré, calmaos. (Toma un libro.) Voy á leer. Trabajad. (Roswein le besa el cabello.) Tenéis quince años, amigo mío,—sentáos al piano, ¡veamos!

ROSWEIN.

El Taso á la princesa..... *Quando l'aurora nascente*..... La situación es poética, me parece.

LEONOR

Admirablemente.

ROSWEIN ensaya muchos cantos.—Interrumpiéndose repente y llevando la mano al pecho, en voz baja.

¡Ay! ¿qué tengo aquí? (Continúa.—Después de repetir una melodía dos ó tres veces, se detiene, y dirigiéndose á Leonor.) ¿Habéis oído?..... ¿Está bueno esto?

LEONOR.

No muy bueno.

ROSWEIN.

Estáis de mal humor, Leonor.

LEONOR.

Ni por pienso. Me pedís mi opinión, os la doy; pero para complaceros hay siempre que adularos.

ROSWEIN.

Lo que hay que hacer es no apagar de un manazo el vislumbre de inspiración cuando me llega.

LEONOR.

Si vos encontráis ese canto bonito y nuevo, aprovechadlo.

ROSWEIN.

No, no vale nada, tenéis razón. (Da un fuerte golpe sobre el teclado, y se levanta.)

LEONOR.

¿Lo dejáis? Hacéis bien; no estáis de vena esta noche.

ROSWEIN, exaltándose.

Ni esta noche, ni nunca.—Mi talento ha muerto; todas las cuerdas de mi cerebro están enervadas, endurecidas como por el contacto de una llama. ¡No sois vos quien me lo advierte,..... mis noches de insomnio lo saben demasiado!..... ¿Y vos me lo echáis en cara?... ¿vos que habéis gastado en luchas estériles, en miserables agitaciones, en mezquinos dolores, toda la fuerza de mi al-

ma?..... ¡Oh Dios! en tan poco tiempo un cambio tan grande! ¡Ayer todavía los mejores dones del cielo, la risueña poesía y la fecunda juventud, cantaban todos sus himnos á la esperanza,..... hoy, el vacío, el silencio y el frío de la tumba,..... ésta es mi alma! ¡Ay! ¡Si hay como se cree, criaturas de Dios que por su culpa hayan sido desheredadas del esplendor y del poder divinos, yo sé lo que sufren en su degradación! Yo poseo el secreto de las amarguras que corroen eternamente su pensamiento..... ¡Cómo no podéis conocer, vos también, aunque fuera un solo instante, estas angustias!..... ¡al menos no las insultaríais! Pero ya las conoceréis, Leonor;..... sí..... el día en que el primer soplo de la vejez os arroje de vuestro trono, desarmada para siempre de vuestro poder, despojada para siempre de vuestra belleza,..... ese día..... ¡estaré vengado!

LEONOR.

¡Delicioso interior!

ROSWEIN.

Dejadme. ¡Id á ese concierto, y decid á ese joven, á ese cantor, que puede dejar de venir á mendigar á mi puerta por más tiempo,..... que ya no tengo nada que darle, que mi cabeza está desde ahora tan pobre, tan vacía, como la suya! (Se deja caer sobre un diván.)

LEONOR.

¿Pensáis aflijirme mucho? ¿Os figuráis acaso que yo estoy enamorada de ese muchacho?

ROSWEIN.

Eso se dice en Nápoles.

LEONOR.

Pues es cierto, lo adoro.

ROSWEIN.

¡Ay! ¡por favor, Leonor, un minuto de reposo!..... Ya no tengo fuerzas para soportar esto Sólo os pido un poco de caridad. Amad á quien queráis. Decid una palabra, y me iré de aquí, si no tenéis la paciencia de esperar que se me lleve.

LEONOR.

¡Qué divertido es esto!—Os diré, Roswein, que es de mal gusto y no supone valor el tomar á cada paso actitudes de agonizante y hacer ostentación de vuestro sudario ante las damas,—sobre todo, cuando no tenéis más enfermedad, según creo, que un catarro.

ROSWEIN, arrojando á los piés de Leonor un pañuelo que ha llevado á la boca y que está tinto en sangre.

¡Tomad!

LEONOR.

Todos los artistas escupen sangre.

ROSWEIN.

¡Sois una miserable! (Estalla en sollozos y oculta la cara entre las manos.)

LEONOR.

No me gustan los hombres que lloran. Buenas noches. (Se levanta y sale.)

ROSWEIN.—CARNIOLI, saliendo del balcón luego que sale Leonor.

CARNIOLI

¡Andrés!

ROSWEIN, levantándose.

¡Carnioli!

CARNIOLI tomándolo del brazo.

Vente.

ROSWEIN.

¿Cómo? ¿por qué..... ¿A dónde queréis que vaya?

CARNIOLI

¡Salgamos de aquí, te digo! No quiero que permanezcas un minuto más en este infierno.

ROSWEIN.

¿Quién me arrojó á él, Carnioli?

CARNIOLI, golpeando el suelo con el pié.

¡He sido yo, con mil diablos! No me lo vuelvas á decir; muchas veces me lo he dicho yo. (Lo mira.) ¡Estás muy cambiado, pobre hijo mio!..... [Lo abraza.] ¡Vamos, ven!

ROSWEIN.

No puedo.—¡Ay! Carnioli, ¿por qué me habéis precipitado en estos abismos?

CAPITULO ALFONSIKA

¡Otra vez! Te he dicho que me arrepiento. ¿Qué más quieres? Y tú, por qué me hiciste ir al convento de los capuchinos á que me dieran una paliza? Todos tenemos nuestras faltas en el mundo..... Yo, al menos, creía hacerte un servicio..... ¡sí, te lo juro por mi alma, lo creía yo sinceramente!..... En tesis general, yo tenía razón; pero mi temperamento individual ha frustrado mis cálculos..... ¿Podría yo prever que tomaras con tanta seriedad trágica una aventura galante que hiriera tu fantasía? No conocía yo á los enamorados de tu especie. ¿Podía yo creer que un hombre de tu mérito estuviera dispuesto á hacer el papel de un títere manejado con un hilo, por las manos de una mujercilla cualquiera? No; para creerlo me ha sido necesario asistir á esta escena burlesca y lúgubre en que te he visto ejecutar todos los ejercicios de un aprendiz de acróbata, bajo el látigo de una coqueta implacable. ¡Sangre de mis venas! ¿Para qué te sirve este verdadero látigo que está aquí? (Toma un látigo que es á colgado en la pared, da dos latigazos sobre los muebles y lo arroja al suelo.)

¡Sal de aquí!

ROSWEIN.

No, Carnioli, he entrado en un mal camino, pero marcharé derecho en él. Mi vida tiene que llevar por siempre el sello de este amor en que consiste mi culpa: mi propio desprecio me ahogaría si no tuviera yo el valor de mantenerme fiel á mi traición. ¿Qué me importa el sufrimiento? no sufro todo lo que debía..... mi crimen no será para mí tan cruel como lo fué para otros..... (Con vehemencia.) No me habléis de ellos..... no sé lo que les ha pasado..... no quiero saberlo. Pero no será al menos un arrebató pasajero, un fútil capricho lo que me haya hecho cometer la cobarde acción que vos conocéis: ¡será una grande é irreparable pasión cuyo cáliz apuraré hasta las heces..... hasta la muerte! ¡Es el único deber que me queda..... cumpliré con él: es la única virtud que me salvará de la última desesperación..... dejádmela!

CARNIOLI.

¿Piensas engañarme con una jerga mística? ¿esperas engañarte tú mismo? ¿Qué tienen de común el deber y la virtud con la vida abyecta que aquí arrastras? ¡Dime la verdad! ¡á esta mujer, que te tiene bajo el calcañar, que te revuelca y te desgarrá riéndose, en el polvo y en el fango de sus pisadas, tú la amas?

ROSWEIN.

¡Pues bien, sí, la amo! No podría yo vivir lejos de ella: no hay en el mundo un sentimiento, un espectáculo, un triunfo de que yo pueda gozar, si ella no participa de él, si no lo ilumina con su presencia. Donde no está ella no hay cielo, ni sol..... La aurora sale de sus ojos..... mi corazón no es más que el eco de su corazón..... mi vida no es más que la sombra de la suya. La amo, vos lo habéis dicho.

CARNIOLI.

¡Miserable niño! ¿has perdido el honor con todo lo de más? ¿Esperas á que te eche á empujones de su casa? ¿No comprendes que desde que esta mujer ha dejado de amarte, no debes estar á su lado?

ROSWEIN.

La conocéis mal, Carnioli: es una alma agitada y turbulenta, pero leal. Cuando ya no me ame, me lo dirá. Yo le he ofrecido cien veces abandonarla. Si no me ama, ¿por qué me detiene?

CARNIOLI.

¿Por qué? ¡Vaya una candidez que haría reír á un muerto!..... ¿Por qué el tigre tiene los instintos de tigre? ¿Por qué juega con su víctima, antes de darle la última dentellada? Explicádmelo, niño..... Además, ¿no significa nada para una mujer el estar oyen lo to-

BIBLIOTECA ALFONSIANA

do el día en lenguaje poético, que la llaman hermosa y que es adorada? ¿No es nada tampoco para un paladar estragado, el sabor exquisito de un amor por partida doble? ¿No es nada para una conciencia muerta, el placer de engañar? ¿No halagan igualmente al espíritu y al corazón las acres emociones y la hábil estrategia de la traición? Te aseguro que Leonor ama á Paolo María, y estoy dispuesto á jurarlo si tu lo quieres.

ROSWEIN.

Os repito, Carnioli, que la conoceis mal; sería capaz hasta de un crimen, pero nunca de una infamia.

CARNIOLI.

Amigo mío, es capaz de todo, como lo son las mujeres cuando no tienen otro principio de conducta que la pasión. La has visto entrar alguna vez á la iglesia? No, pues bien, desconfía igualmente de las mujeres que no salen de la iglesia y de las que nunca entran á ella: son dos especies venenosas.—Fuera del círculo cristiano, Andrés, conozco hombres honrados, pero ninguna mujer honrada. Además, como las pasiones de los hombres no están sujetas á reglas tan severas, son menos violentas, y se debilitan dispersándose: el honor humano basta para domarlas. Pero las pasiones de las mujeres, más fogosas y más exclusivas, necesitan el freno religioso. Sólo Dios puede detener ese torrente.—Tu querida es un espíritu fuerte; con eso basta. Te contaré su historia: ha tenido amantes, los tiene y los tendrá. Es á lo que se reduce en la práctica toda la historia del sexo: toda mujer que no está con Cristo, está con Venus.

ROSWEIN.

Yo no salgo de aquí, Carnioli; estáis pues perdiendo el tiempo con vuestras calumnias.

CARNIOLI, de codos sobre el respaldo de un sillón y hablando en tono de amarga ironía, pero contentándose.

¡Mis calumnias, joven!..... ¡Ah! veo lo que pasa..... Después de haberte seducido como habil cortesana, necesita conservar tu estimación, que juzga quebrantada. Es la manía de estas mujeres, querer ser estimadas..... Necesitaba satisfacerte sobre su pasado para echarte una venda en los ojos sobre el presente y el porvenir..... Entonces, se ha cubierto con el ropaje de la inocencia,..... ha tomado á tus piés posturas virginales..... el ave de rapiña ha modulado suspiros de paloma. ¡La leona ha balado! y mientras que tú palpitabas bajo sus garras, te ha hecho creer que eras su vencedor. ¡Has pedido perdón al cielo de haber sacrificado una víctima tan pura, y has jurado consagrar tu vida para reparar tan enorme crimen!

ROSWEIN.

¡Basta!

CARNIOLI.

Ya ves que la conozco.—En justa recompensa, después de haberte conmovido por su suerte, se habrá compadecido, no lo dudo, de la tuya,..... «Sois muy niño, te habré dicho, mientras que su blanca mano remachaba tu cadena. ¡huid! ¡mi amor es fatal! ¡He hecho voto de no amar jamás! Todo lo que yo amo sufre y muere.» Y entonces te ha habla lo de su marido á quien amaba y que murió,—de las flores que prefirió que también murieron; ¿qué se yo? de su perro favorito que murió, y después de esta enumeración fúnebre, te ha exhortado de nuevo enlazándote con sus magníficos brazos, á que huyeras de la maldición que pesaba sobre tu cabeza..... ¡Ay! son agradables esas horas en la vida, no lo niego..... Y por último, cuando le ha dado dos y tres vueltas sobre tus ojos á la clásica venda, cuando te ha visto profundamente convencido de que tú eras su primer amante y de que serías el último, ¡ha tomado valerosamente el sexto!

BIBLIOTECA ALFONSIANA

ROSWEIN.

¡Mentís!

CARNIOLI.

¿No crees en el sexto? ¡Voto á bríos! pues al menos creerás en el cuarto, porque he sido yo.

ROSWEIN, asiéndolo del brazo.

¡Mientes! (Leonor entra precipitadamente.)

LOS MISMOS.—LEONOR.

LEONOR, tomando las dos manos de Roswein.

¡Gracias Andrés; gracias, amor mío!..... ¡Pero si es inútil responderle; cualquiera expresión despreciativa se resbala en su frente!—Señor Carnioli, yo nada tengo que deciros. Salid de mi casa.

CARNIOLI, grave.

Señora, siento mucho veros. Me desagrada esta clase de escenas; pero en fin, ya estáis aquí. Pues bien, si alguna vez habéis sabido lo que cuesta perder sus más caras ilusiones, no prolonguéis la agonía de este joven; si yo me he visto obligado á destrozarle el corazón para arrebatároslo, hacedle vos el favor de darle el golpe de gracia, asegurad que he dicho la verdad.

LEONOR.

Aseguro que mentís.

CARNIOLI.

Princesa, no sé verdaderamente hasta dónde queréis llegar; sois muy inteligente, no lo niego, pero no ignoráis que os tengo en mi poder, y que mi poder es muy grande. Me pregunto por dónde esperáis escaparos de mí, y no lo concibo.

LEONOR.

¡Cómo! ¡no quiere salir este miserable!..... Andrés, os ha echado en cara el no saber manejar este látigo..... ¡Dádmelo á mí!

CARNIOLI, fuera de sí.

¡Ah! ¡Con mil serpientes de cascabel! ¡quiere que nos degollemos este niño y yo! ¡ese es su plan! debía yo haberlo adivinado desde que entró aquí..... ¡Ni una palabra, ni un gesto, Andrés, ó te arrepentirás todos los días de tu vida!..... ¡Tengo en mi casa un paquete de sus cartas; dentro de veinte minutos te lo traigo!

ROSWEIN.

¿Qué dice, Leonor?

LEONOR.

Miente.

CARNIOLI.

Si eres hombre, espérame veinte minutos. (Sale.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

CAPITULA ALFONSO REYES

ROSWEIN.—LEONOR.

Luego que sale Carnioli, Leonor cae de rodillas, lleva las manos á la cabeza y estalla en sollozos.

¡Leonor!..... ¿por qué ese llanto?..... ¡yo no lo creo!

LEONOR, con voz ahogada.

¡Mátame! ¡mátame antes de que venga!

ROSWEIN.

¡Dios poderoso! ¿luego es verdad? (Leonor solloza sin responder; sus cabellos inundan su espalda.) ¡Oh! ¡Dios justo! (Se pasea en la pieza. — Un momento de silencio. — Acercándose á ella prosigue con voz sorda.) ¿Por qué me habéis engañado? ¿Con qué fin? ¿No os lo hubiera perdonado todo?

LEONOR, siempre de rodillas y sollozando.

¿Y me hubiérais amado?..... amado con esa ternura purísima,— con ese noble amor de niño de que era yo tan indigna, Andrés,—pero con el cual he sido tan feliz!..... ¡Ay! ¡cuantas veces la confesión de mi infamia ha estado á punto de escaparse, á pesar mio, de mi corazón que se desbordaba!..... porque mi felicidad no era tranquila..... ¡Os había engañado!..... la amargura de este pensamiento se mezclaba en todas mis alegrías,..... envenenaba mi vida,..... mis palabras,..... mi buen humor; era el único origen de todos esos malos caprichos con que os he atormentado, pobre niño!..... ¡Cuántas veces he sentido lo pesado de esta carga! ¡cuántas veces he querido deciros: «No toquéis mi frente,..... mancha vuestros lábios!»..... pero me faltaba el valor,..... no podía,..... no podía!..... (Llora.) ¡Os amaba!..... ahora que

do ha acabado para nosotros, Roswein, tal vez me creeréis,..... ¡Os he amado mucho!

ROSWEIN.

No os creo.

LEONOR

No,..... no puedo quejarme de ello, he matado la confianza..... Bien sé que todo ha acabado..... (Se levanta y va á caer desfallecida sobre un diván.) No os pido nada,..... ¡Ah! sería yo la primera en despreciaros si os quedarais;..... pero al menos no me juzguéis con más severidad de la que merezco..... os lo suplico.... No creais todo lo que dice Carnioli, ni lo que os diga después..... Yo no valgo nada, pero él vale menos que yo..... He sido su querida, esto es lo que hay de verdad,..... y eso basta para la vergüenza de toda mi vida; pero todo lo demás es falso, y él lo sabe bien;..... ¡esas mismas cartas de que hace alarde, esas cartas os lo probarán!

ROSWEIN.

No os creo. Callaos.

LEONOR, suplicando.

¡Ay! ¿por qué me tratáis con tanta dureza, Roswein?..... Ann cuando yo fuera como él os ha dicho: una mujerzuela, una cortesana, lo que hay de más vil y despreciable,..... ¿no os he amado fielmente? ¿Qué más podría haber hecho por vos el corazón más puro? Estoy bajo vuestras plantas,..... perdonadme.... (Llora.) ¡Si tuviérais la paciencia de escucharme, os contaría mi vida entera..... pero aún así no me creeríais!..... ¡y sin embargo, la última de las mujeres tiene también sus momentos de sinceridad y de virtud..... y bien veis, Andrés, que estoy en uno de esos momentos!.....

sí,..... no tengo más que una falta en mi vida ¡Carnioli! Hasta entonces yo estaba al nivel de las más irreprochables, si no de las mejores;..... este mundo, en medio del cual había yo quedado abandonada, siendo muy joven, casi una niña,..... aun no me había desflorado con su corrupción;..... ansiaba yo con ardor el movimiento, los placeres, la vida ficticia y brillante; me prodigaba adulaciones que me embriagaban; mi pensamiento se absorbía enteramente en la esperanza—ó en el recuerdo de sus fiestas—y de mis frívolos triunfos. ¡Tal fué la pasión de mi juventud!..... podéis creerme, Andrés; no espero, no quiero más de vos que un poco de justicia y de compasión..... ¡Ay! Si yo os hubiera encontrado entonces, hubiera podido amaros tranquilamente. En fin..... habían trascurrido los años..... mi alma estaba cansada de tanta futilidad,..... mi corazón se agitaba en el vacío,..... estaba yo sola,..... era yo desgraciada;..... ¡hubiera yo dado, por el sostén de una mano amiga, mi nombre, mi riqueza, mi sangre!..... ¡hice más: ¡me dí yo misma!

ROSEWEIN.

¡A Carnioli!....., á cualquiera otro,..... lo hubiera yo comprendido, tal vez..... ¡Pero Carnioli!..... ¡Extraño primer paso para una mujer honrada!

LEONOR, con amargura.

Sí,..... ¿no es verdad?..... Pensé lo mismo que vos, cuando pude conocerlo; cuando en el fondo de sus maneras caballerescas, y de su lenguaje entusiasta, que me habían seducido,..... no encontré más que el frío egoísmo de un fátuo,..... la sequedad y la decrepitud del alma de un libertino vulgar..... ¡Ah! y es él quien me reprocha haberos engañado,..... haber sorprendido vuestro amor..... haberme hecho mejor de lo que era..... ¡Él! ¡vaya un descarado! Pero tenía talento, ¡y bien sabe Dios el uso que hizo de él! ¡No de-

pendió de él ciertamente, el que yo no haya sido tal como me acaba de pintar á vuestros ojos, tal como me cree tal vez,..... porque yo no perdonaba medio para salvar de su insolente ironía los ideales de juventud y de moral,..... que sus lecciones, que su contacto destructor habían sofocado,..... pero no ahogado en el fondo de mi corazón!..... Yo os guardaba, Andrés, dígame lo que se quiera, el humilde y puro tesoro de mi alma..... ¡Mi alma! ¿cómo la había de manchar si no la conocía? Vos me habéis hecho su revelación, á vos la debo; con vuestro soplo se ha dispersado..... Idos, amigo mío, ella sobrevivirá para vengaros!..... (Oculta la cabeza entre los cojines del diván. Roswein de pié la mira en silencio. Ella se levanta de repente y se acerca á él.) ¡Marchaos!..... que no os encuentre aquí,..... que no tenga yo que avergonzarme delante de él..... Hacedme este nuevo favor,..... ¡Marchaos! (Le toma una mano, se inclina y se la besa, y con voz entrecortada por las lágrimas, prosigue) Yo no os amaba Andrés, puesto que no queréis creerme, os respetaba... os adoraba..... ¡La verdad es,..... que erais para mí más que un amante muy adorado,..... erais mi religión,..... mi plegaria, mi vínculo con el cielo! ¡Os atrevíais á hablarme de Dios! yo no me atrevía á responderos,..... pero comprendía..... ¡Todo lo que yo tenía de bueno y de honrado,..... todo lo que me consolaba de mí misma,..... todo os lo lleváis! ¡Todo va á extinguirse con la queri la mirada de vuestros ojos... .. ¡Andrés! ¡Andrés mío! ¡adiós!..... (Cae de rodillas y le besa las manos.) ¡Gracias por haberme amado!

ROSEWEIN.

Leonor, no habría palabras para calificaros, si gastarais tantas lagrimas y juramentos para engañar á un sér tan confiado como yo.—Levantaos: os amo.

LEONOR, se levanta y le mira con ansiedad.

¡No,..... Andrés!..... si es una burla.....

BIBLIOTECA ALFONSIANA